

"EL EX-ALUMNO JESUITA EN LA VIDA SOCIAL CRISTIANA" (*)

COMIENZA el Padre Croizier S. J. su bello y profundo libro — que hace pocos años alcanzó gran notoriedad — "Hacia un porvenir mejor", recordando que en 1928, cuando Raymond Poincaré debió encarar con valentía y decisión, el gran problema financiero de Francia, dijo en un discurso que era preciso mirar a la cara "a las realidades enmascaradas por expresiones corrientes". Y agrega el jesuita ilustre que esta clase de ilusiones, disimuladas o enmascaradas por expresiones corrientes, no se dan solamente en el terreno de las finanzas, sino que también abundan desde el punto de vista católico.

Daría por muy colmada mi esperanza, si con mi modesta colaboración al Congreso de Ex-Alumnos de los PP. de la Compañía de Jesús, contribuyese a quitar la venda de los ojos de tantos hermanos en la Fe, y si con ella ayudase a mirar a la cara a las intensas realidades sociales de hoy.

Cuanto expreso en este tema se refiere a lo que ocurre en mi país. Como no conozco — sino relativamente —

(*) Ponencia presentada al Congreso de Ex-Alumnos de la Compañía de Jesús, III^o en las Regiones del Plata y I^o de la América Latina, celebrado en Montevideo, del 4 al 6 de enero ppdo., en la Sección "C", cuyo tema era: "Cómo pueden y deben actuar los Ex-Alumnos de la Compañía de Jesús", subtema I^o: "En la intensificación de la vida cristiana en la Sociedad".

El autor es Director del Secretariado Nacional Económico-Social de la Acción Católica del Uruguay. Además, ex-Director del Bien Público, de Montevideo. Autor de numerosos artículos sobre problemas sociales.

lo de los demás países americanos, no puedo aludir especialmente a ellos. Mas, como se trata de un mal universal, presumo, sin mucha sutileza, que ha de ocurrir algo bastante parecido.

¿Cuál es el mal fundamental de nuestra hora?

El pueblo se nos ha ido de las filas cristianas. Lo dijo con su voz potente y severa el inmortal Pontífice Pío XI, cuando expresó que el mayor escándalo del siglo XX era el alejamiento de la clase obrera de la causa de Dios. Por eso no temo afirmar que se trata, desgraciadamente, de un hecho de repercusiones universales: sólo así se explica el grito dolorido del Padre común de la cristiandad.

No nos engañemos, pues, ni enmascaremos las realidades por penosas que sean, con expresiones corrientes. Digamos, con franqueza, que hemos perdido al pueblo, para la causa de Dios, a pesar de que somos dueños de la doctrina de la verdadera y única fraternidad.

Es inútil que hablemos de la catolicidad de nuestro pueblo si esa Fe no se traduce en hechos. ¿Acaso no tenemos índices ciertos, lamentablemente ciertos, que nos pueden indicar el panorama real del país? ¿Acaso no nos dice, por ejemplo, la estadística oficial que apenas un 50 por ciento de los contratos matrimoniales, realizan también el trámite del matrimonio religioso y acaso no sabemos que no todos los contrayentes del matrimonio religioso son católicos prácticos? ¿Por ventura vamos a ignorar lo que ocurre en medio de nuestros campos donde los misioneros — y misioneros jesuitas — se encuentran con situaciones y deben resolver problemas que parecen inconcebibles para nuestros adelantados y progresistas países americanos?

No nos engañemos a nosotros mismos, como relata el mismo P. Croizier, que ocurría a muchos católicos franceses: "Buenos feligreses y asiduos concurrentes a las solemnidades religiosas, nos encontramos — sobre todo en las poblaciones importantes — rodeados siempre de un grupito cuya mezquindad ya no advertimos a causa de la costum-

bre. Tanto — concluye el ilustre sacerdote — que a veces el grupito casi adquiere a nuestra vista proporciones de muchedumbre".

¿Qué es lo que ha ocurrido?

Que los católicos nos hemos olvidado de la doctrina social de la Iglesia.

Hoy como ayer — y acaso más hoy que ayer — tiene un profundo sentido, que para los católicos debería ser como un latigazo en el rostro, el famoso apóstrofe del comunista Rappoport al abate Desgranges: "No son las encíclicas lo que os reprochamos, sino el desprecio que hacéis de ellas".

¿Cuáles son las causas profundas de ese error suicida de los católicos?

Son muchas y variadas.

Me limitaré a anotar dos.

Tenemos, en primer lugar, una mentalidad capitalista, evidentemente. Es una herencia del viejo liberalismo individualista. Muchas veces se busca, en algunos católicos, el sedimento que ha dejado en ellos la cultura liberal. Y se lo busca por otros extremos, cuando tan fácil sería hallar esos fuertes vestigios del liberalismo en la mentalidad capitalista de muchos católicos. Mentalidad que existe, cualquiera que sea la posición social que se ocupe. Yo tengo presente lo que me ocurría en mi clase de Legislación Social en la Escuela de Servicio Social, magnífica obra ciertamente, que no cuenta todavía con el apoyo que le debían prestar sin tasa los católicos de mi país. Al dar los fundamentos de la materia, tenía gran interés en ir a la formación del criterio del alumnado, ajeno enteramente a estos problemas. Nada mejor, que plantear la cuestión social, y exponer con sencillez, las diversas escuelas. Las alumnas mostraban, indisimuladamente, su estupefacción, al exponer los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, sobre diversos temas palpitantes: sobre salario, por ejemplo. Pues bien: este mal, este desconocimiento, hay

que extirparlo de raíz. Los católicos, ¿no leen el Evangelio o lo leen mal?, he llegado a preguntarme. Por que parecería que bastase leer el Evangelio, empaparse del Sermón de la Montaña, desentrañar todo el significado de los diez mandamientos — no de tres o de cuatro, sino de los diez — para que a nadie causase asombro la doctrina social de la Iglesia fundada por Cristo.

Mas, no es así, desgraciadamente. Día llegará en que, junto a la enseñanza del catecismo, habremos de hacer aprender a nuestros hijos los frutos de la sabiduría de la Iglesia, en la aplicación social, integral, de la enseñanza de Jesús.

En segundo lugar, es deplorable el afán que encontramos en nuestras sociedades aburguesadas y satisfechas, de reunir hombres de diversas ideologías, para conservar lo que se llama el orden social. Hay que defender este "statu quo" en que vive la sociedad, se ha dicho, evitando que lo destruyan las tendencias izquierdistas. Y, se ven con malos ojos, cuantas iniciativas surgen, cuantos movimientos — por ordenados que sean — se realizan o cuantas campañas de justicia social se llevan adelante. Mientras tanto, todas las banderas de reivindicaciones sociales (las justas y las limpias, junto con las exageradas o las de simple enganche), pasan a las manos de los agitadores, porque, para muchos aún no ha llegado la hora de pasar a la práctica, y todo lo que se hace resulta inoportuno o imprudente. ¡Excelente servicio que prestamos a la causa de Dios con este conformismo cómodo, con el llamado "orden social"! ¡Excelente manera de disimular un egoísmo, que lleva a muchos a querer impedir la labor fecunda de quienes siguen las directivas sociales de los Papas! Lo que habría sido Cristo con ese conformismo por el "statu quo", con ese afán por defender el orden social! Porque, en definitiva, también en la época de Jesús había un orden social; y, acaso, las iniquidades de entonces — dentro de su

época y dentro de su ambiente — podrían balancearse, hasta cierto punto, con muchas de las que se ven hoy en día.

Contra esos buenos burgueses — denominándolos con caridad — que cumplen celosamente con la práctica exterior de la religión, aunque todos los días, con sus actitudes, desarticulan la doctrina evangélica, debemos preveniros porque con sus malos ejemplos hacen un daño irremediable a la Iglesia, a la que proclaman pertenecer.

Cuando Maritain expresa que la revolución social no se hace solamente desde abajo, sino que muchas veces se fomenta extraordinariamente desde arriba, a fuerza de iniquidades y de injusticias, parecería que hablase expresamente para estos buenos burgueses, que cuando van al templo, seguramente rezarán la oración del fariseo y darán gracias a Dios por no parecerse a los demás hombres...

La Iglesia ha pagado — injustamente, desde luego — esa falta de elemental sentido de justicia social de muchos católicos, y, ¿por qué no decirlo?, de algunos eclesiásticos.

Se ha hecho un cuadro falso para pintar ante el pueblo humilde y trabajador, lo que la Iglesia pretende y realiza. Pero falso y todo, ha sido de una enorme eficacia, porque las actitudes de algunos católicos le ha dado apariencia de verdad. Y la historia se hace muchas veces — se ha escrito con razón — más con imágenes falsificadas que la polémica enconada fabrica como espantajos, que con realidades verdaderas.

Tenemos en el país algunos ejemplos desconcertantes.

Hace cerca de 30 años, una institución que ha merecido bien de la causa — la Democracia Cristiana — realizaba en nuestra capital una intensa propaganda y fecunda acción, difundiendo los principios de la sociología cristiana. Fué ella la que primero levantó en el país muchas iniciativas sociales, por ejemplo, la de la limitación legal de la jornada de trabajo. Corrieron pocos años. Y comenzaron a aparecer en el Parlamento, algunos proyectos de legislación social. Por razones que no interesa en el momen-

to señalar, se dió el caso de que los católicos estuvieran entonces, en contra de la mayor parte de esas iniciativas! Y la nueva legislación social de este país — que tiene evidentemente leyes muy buenas — nació, toda, con cuño anticlerical! Desvirtúese, ahora, en el pueblo el prejuicio que semejante anomalía aparea: hemos realizado — desde entonces — veinte años de apostolado, y el pueblo sigue sin darnos crédito. "La imagen que los adversarios de la Iglesia presentan del cristianismo, es una imagen odiosa y mentirosa — ha dicho un escritor renombrado — pero no tendría tanta fuerza probatoria si tantos cristianos no hubieran aceptado reconocer en ella, su propia imagen". Gran verdad, con la que nos encontramos a cada paso en nuestra vida diaria.

Hay que ser sinceros y hay que decir la verdad.

Alberto de Mun — cuyo nombre no puede olvidarse, como el de Monseñor Ketteler, cuando se tocan estos temas sociales — decía que "no basta percibir el mal y sus causas; es preciso además, declararnos culpables y confesar que la sociedad ha faltado a su deber frente a la clase obrera". Esto es lo que han hecho repetidamente nuestros Obispos: llamar la atención con documentos claros y precisos. El Episcopado argentino, por ejemplo, ha publicado diversas Cartas Pastorales, y recientemente, una sobre salario (*). Nuestros Obispos han hecho lo mismo. El Arzobispo de Santiago de Chile — para no citar más ejemplos — formuló unas declaraciones de ejemplar valentía y dignidad, no hace muchos meses, que alcanzaron justa notoriedad continental.

Mas yo no confío demasiado, desgraciadamente, en esta clase de explicaciones doctrinales, a través de la experiencia. "La Iglesia habla, pero con demasiada frecuencia, en el desierto, aun cuando ese desierto esté lleno del rumor

(*) Esta Carta Pastoral colectiva figura como Documento en este mismo número de ESTUDIOS. — N. de la Redac.

de los bancos que se mueven en los sermones de las Misas elegantes", ha escrito con amarga verdad Daniel Rops.

Para mí, la consigna de la hora actual no puede ser otra que entrar ya en la acción; hay que realizar, hay que construir. Cuando echamos una ojeada sobre las obras sociales con que contamos en nuestro medio, el panorama se nos presenta desolante.

Tenemos escasas obras sociales católicas. Son, seguramente, insuficientes. Y, las que tenemos, viven si no en la indiferencia colectiva de la causa, por lo menos en medio de cien dificultades, rodeadas de mucha incompreensión y faltas del apoyo esencial que requieren las iniciativas de semejante aliento.

Conmemoramos este año el 50 aniversario de la inmortal página de León XIII, "Rerum Novarum". Y hace ya diez años que Pío XI llamó nuevamente la atención de la cristiandad con otro documento igualmente inmortal: la "Quadragesimo anno". Tenemos por delante — los ex alumnos — un apostolado verdaderamente ignaciano, poniéndonos a las órdenes del Vicario de Cristo en este apostolado urgente de la hora actual. La norma esencial de San Ignacio era precisamente esa: obedecer al Pontífice, el primero de todos, y secundar sus propósitos más apremiantes.

¿Qué podemos hacer, los ex alumnos de los Padres Jesuitas, para seguir las directivas de los Papas? ¿Continuar simplemente nuestras prédicas, insistir en las propagandas, perseverar en la difusión de las enseñanzas, en forma impersonal y doctrinaria?

Todo esto sería evidentemente bueno. Pero resultaría, una vez más, insuficiente.

Hay que pasar, definitivamente, de las palabras a los hechos. Concreto estos propósitos en las siguientes ponencias:

Los Ex Alumnos de la Compañía de Jesús, compenetrados de la urgencia apremiante de la hora actual, pro-

claman en el año en que la Cristiandad rememora el 50 aniversario de la inmortal Encíclica "Rerum Novarum", la necesidad de que todos colaboren con entusiasmo y con decisión, en las obras sociales, bajo las órdenes de los respectivos Prelados, para acercar nuevamente a la Iglesia las clases humildes cuyo alejamiento fué, para Pío XI, el mayor escándalo del siglo XX.

Con tal objeto, especialmente "recomienda colaborar a todos los ex alumnos:

1) en la obra sindical católica, que ha de dar fuerza y consistencia a las organizaciones gremiales, tanto patronales como obreras;

2) en la creación de círculos de estudios que formen dirigentes y propagandistas, que puedan ser luego verdaderos apóstoles en la cruzada social del catolicismo en América;

3) en la redacción de un verdadero catecismo social cristiano, que recoja en forma sencilla y asequible para todos, las directivas de las Encíclicas Sociales y las fórmulas sabias del Código Social de Malinas, cuya difusión entre el pueblo, pueda aclarar definitivamente el pensamiento y la acción de la Iglesia en materia social, puntualizando nítidamente los derechos y los deberes de los obreros y de los patronos.

4) en la labor de todas las obras sociales católicas, ya establecidas, prestándoles el mayor y más eficiente apoyo; y constituyendo finalmente cada uno — con el ejemplo práctico de cada día — un verdadero discípulo de Cristo y un católico obediente a las normas sociales pontificias en todas sus actividades personales, mostrando un claro sentido de la justicia social".

J U A N V I C E N T E C H I A R I N O